

Carta vocacional

-Diciembre 2008-

Queridas hermanas, comenzamos ya nuestro tiempo de adviento, de espera y de esperanza ante la próxima venida del Señor, que celebraremos como memoria del nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre en Navidad; que celebraremos en la fe ante la próxima segunda venida del Señor en la gloria; y que celebramos con pasos de humanidad cada día cuando Jesús viene a nosotros en cada hermana y hermano.

"Alzad los ojos y ved los campos ya dorados para la siega" (Jn 4,35)

Es el llamado esperanzador que nos hace el Señor desde lo profundo de nuestro corazón. ¡Tengan fe!, vean ya los campos listos para la cosecha. Es decir, ya ha llegado el tiempo esperado, nuestra única fatiga será gozarnos de tanto bien hecho, alegrarnos del crecimiento del Reino en medio de nosotros. Pero somos pocos para tanta alegría, es necesario salir a los caminos e invitar a más obreros para la cosecha. Como Dios no es mezquino en nada, "desborda nuestra copa" de gozo (Sal 23), y nada tiene que ser desperdiciado. Necesitamos más compañeros de camino que quieran alegrarse con nosotros. Buscarlos así, gratuitamente con el sólo objetivo de que compartan nuestra alegría de seguir al Señor, eso es ser vocacionista; eso es vocacionalizar todos los ambientes y las pastorales; eso es buscar, invitar y acompañar una vocación.



"En el mundo hay tantas necesidades; pero la necesidad más urgente es aquella de las vocaciones...Esto es de la máxima importancia. No puede ser sólo un pensamiento con el que se debe ocupar la mente, cada tanto, sino un pensamiento que debe acompañar la vida y nuestro apostolado, Es vuestra misión y vuestra seguridad de vida" (HM vol. VIII)

Sin duda este tiempo de adviento nos lleva al desierto, a la soledad, y a tocar el dolor de la humanidad, para poder empalmar con el clamor de los hombres: ¡Ven Señor, no tardes! Que venga ya tu justicia, tu libertad, tu consuelo. ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?!

Para nuestra vida religiosa, el clamor también pasa por el deseo de más vocaciones. No se trata sólo de un pensamiento, sino de un anhelo profundo, tal como el de la mujer que desea un hijo de sus entrañas, porque sólo así encontrará sentido su vida, en ser madre, en abrirse enteramente al amor. Por eso trabajar por las vocaciones en nuestra misión y nuestra seguridad de vida, vale decir, donde encontraremos nuestra plenitud de mujeres y de consagradas.



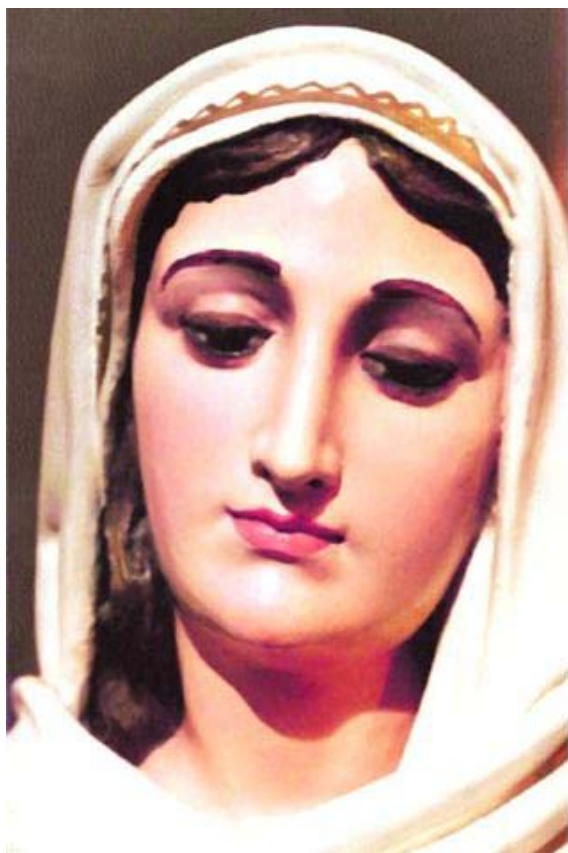
"El Señor ha sembrado vocaciones en todas partes" (CISP, 863)

"Las vocaciones son inmensamente más numerosas que las que ingresan. Que no se pierda ninguna por causa nuestra." (IA II, A,113)



El tiempo de adviento nos recuerda también que tenemos que hacer memoria del amor de Dios en nuestras vidas; una memoria reflexiva y celebrativa. Por todas partes el Señor ha sembrado corazones generosos, vidas entregadas, sueños incondicionales, ideales magnánimos, deseos de Dios. Todos estos bienes están en el corazón de los jóvenes que nos rodean. Por eso es importante hacer memoria en este tiempo de esos rostros jóvenes y dejarnos cuestionar por la vida y por el evangelio, ¿de qué los estamos privando? ¿qué no les estamos anunciando? ¿por qué no pueden encontrar el camino de su felicidad? ¿en qué dependen de nosotros?. ¿Qué estamos esperando?!!!!

"María recibió, alimentó, acompañó la más hermosa vocación: Jesús. Lo asistió moribundo y lo acompañó en la ascensión. A María se le confían lo que son llamados (PA II 66)...A María se pide obreros para la mies evangélica. A María se le confían los llamados en la juventud y en el período de la formación." (CISP 590)



Finalmente el tiempo de adviento nos lleva a María, porque ella nos entregará a Jesús en Navidad, es decir, nos entregará la vida esperada, el consuelo deseado, los frutos de la cosecha. María se vuelve para nosotros modelo de acompañante vocacional, con su paciencia en lo cotidiano del crecimiento lento y pausado; con su perseverancia en medio de las pruebas que el otro debe afrontar; en su fe firme de que es Dios quien tiene todo en sus manos y conoce el proyecto y la intimidad de cada uno. María es signo de esperanza segura en la caridad, en el amor que no mide, que se entrega y confía. Una esperanza que modela en la docilidad en la búsqueda de la voluntad de Dios. A María confiamos nuestra vocación y todas las que el Señor está llamando y formando a nuestro alrededor.

Para muchos la Navidad y su preparación toma el color de la poesía y la fantasía. María nos enseña que Navidad es realidad en el amor, es calor de hogar, es familia, es humanidad. Nosotras no podemos ya volver atrás, a fantasear con las vocaciones, con su número, con su perfección. Nosotras estamos llamadas a algo más alto. Se trata de hacernos cargo de nuestro camino de seguimiento a Jesús, para que otras se hagan cargo del suyo. Se trata de la realidad de ser más humanas y fraternas entre nosotras, comprometidas con la vida que crece a nuestro lado. Se trata, por qué no, de dejarnos "embarazar" por Dios; de asumir con alegría que estamos aquí para "embarazarnos de una vocación". Y de que

llevando en nuestro vientre la vida nueva, alcanzaremos nuestra plenitud y el sentido de nuestra oblación a Dios.

Que vivamos un adviento lleno de fresca y dinámica esperanza y una Navidad plena de serenidad y confianza en el amor de Dios.

Para nuestra reflexión personal y comunitaria

-¿Con qué mirada contemplamos la realidad de nuestro mundo y de la Iglesia? ¿optimista? ¿pesimista? ¿esperanzadora? ¿resignada?

-¿Somos capaces de ver "los campos listos para la cosecha", es decir, la obra de Dios, en medio de las contradicciones y las pruebas?

-¿Continuamos trabajando por las vocaciones? ¿Cuánto tiempo le dedicamos a esta tarea?

-¿Hemos pensado en lo que significa estar "embarazada de una vocación"? ¿Qué sentido le encontramos en nuestra vida en este momento?



Hna. María de los Ángeles Seijo sjbp